

HISTORIA DE TORIBIA

2º premio

Luis Auñón Muelas

Albalate de las Nogueras (Cuenca)

Toribia recorre las calles del pueblo. Camina despacio, en silencio, como si fuera un fantasma. Dicen, que después de tantos años encerrada en la choza, se presentó un día en el pueblo, desafiante, ufana, buscando venganza, como si quisiera desasirse de tanto tiempo de humillación y vergüenza.

Toribia es una mujer anciana. Toribia ya no atrae a los hombres. Pero en sus tiempos, fue una moza guapa y lozana por la que suspiraron los mozos más ricos del pueblo. Pero ella fue a fijarse en un joven honrado y sin fortuna, y rojo para mayor INRI.

Al marido de Toribia lo fusilaron por rojo al acabar la guerra. Y Toribia, cansada de aguantar rapados, palizas y otras humillaciones, se fue a vivir al chozo de pastores abandonado que hay a la subida de las eras. Allí vivió, sola, olvidada, sin que nadie la molestara. Vivía de un pequeño huerto y unos pocos animales que cuidaba.

Hasta que una noche de juerga, en medio de una borrachera, alguien dijo que podían subir a joder con Toribia. Aquello fue sólo el principio de lo que vendría después. Porque los hombres tomaron la costumbre de subir hasta la cueva a abusar de ella. Y a la mujer, sola y desamparada, no le quedó otro remedio que entregarse a los hombres sin que de su boca saliera una sola queja.

La cueva de Toribia se llenó entonces de hijos. Del fondo de la cueva, surgían unos ojos que brillaban en la oscuridad mientras observaban como los hombres fornicaban con su madre. Hijos que se marchaban por el camino de las eras apenas cumplían los doce o trece años.

Toribia se llenó de arrugas y los hombres dejaron de subir a la cueva. Una tarde, Toribia vio desaparecer al último de sus hijos por el camino de las eras. Entonces, la soledad se apoderó de ella. Hasta que una mañana de domingo, cuando ya nadie se acordaba de Toribia, apareció en el pueblo. La vieron caminar calle adelante, altiva, orgullosa. Cruzó el pueblo, subió a la plaza y entró en la iglesia a la hora de misa. Todos los presentes volvieron sus ojos hacia la entrada y la miraron con asombro:

-Es una roja –dijeron unos.

-Y una puta –gritaron otros.

Pero el cura dijo:

-Es una hija de Dios.

Toribia baja ahora todas las tardes al pueblo. Cruza las calles, seguida por la traviesa chiquillería que corre tras ella, la llama puta y le tira piedras.

-Soy lo que vuestros abuelos me hicieron –dice-.

Toribia vuelve a la cueva y llora en silencio. A Toribia ya no le duelen las pasadas humillaciones. Toribia llora por el marido muerto y por los hijos perdidos por esos mundos de Dios.

Los hijos de Toribia andan desperdigados por todas las partes del mundo. El mayor, el que es hijo del viejo alcalde fascista, vive en una chavola del suburbio de Villaverde y recoge cartones y trapos viejos por las calles de Madrid. El segundo, el hijo de Miguel el Cacique, trabaja como limpiador de cloacas para el ayuntamiento de una ciudad. Tiene un hijo camionero y otro que trabaja en un alto horno. Un hijo que está de guardia civil en el Norte y otro que es terrorista. También tiene un hijo en la Legión Extranjera que nunca sabe dónde está. Y la más joven, la única chica, trabaja de puta en el barrio chino de Barcelona.

Toribia empina la botella y bebe hasta ahogar las pasadas humillaciones en alcohol. Toribia está borracha, sale a la noche y grita sus penas a la luna. Desciende por la cuesta de las eras y entra en el pueblo. Escupe, insulta a sus habitantes dormidos. Atraviesa la plaza y llega a las afueras. Cruza por el puente romano de piedra, pero se detiene cuando llega a la mitad. Mira el agua, duda, piensa en el marido muerto, en los hijos perdidos por esos mundos. Mira otra vez al agua, ve su figura reflejada en el fondo, parece que la esté llamando. Sube al pretil del puente, da un paso más, cae. El río la arrastra, la mece, la abraza con sus innumerables brazos. El agua bambolea su cuerpo sin vida de lado a lado del cauce. Toribia se aleja del pueblo, el agua se la lleva, desaparece para siempre, hasta que no queda de

ella más que su fantasma vagando por las calles y su espíritu ascendiendo en la noche, desvaneciéndose como el humo por encima de los tejados.